

GUSTAVO MARTÍN GARZO, *El jardín dorado*, Barcelona, Lumen, 2008, 233 págs.

Vivimos los inicios del siglo XXI con un cambio de rumbo importante en el concepto del arte y de la literatura.

Este cambio para mí viene definido por el triunfo del concepto anglosajón de novela y arte, la *fiction* norteamericana frente al *roman* tradicional de los franceses y la *novela* española.

En nuestra adolescencia leíamos a Agatha Christie y Ellery Queen, pero sabíamos que no eran Cervantes o Valle-Inclán. Hoy las fronteras de la narrativa se han difuminado, y novela es lo que se vende como novela, cuanto más mejor, según el concepto mercantilista actual. Hoy novelas son las tramas conspiratorias, los vulgares entresijos de Larsson basados en dos tópicos manidos, los remedos hispánicos de Dashiell Hammett, novelas policiales de misterios... El best-seller se fabrica así: barato de ideas y rentable, cuando más rentable, siquiera sea por unas semanas en los rankings de lectura, mejor.

Hay todavía algunos novelistas en nuestro país que mantienen el sagrado concepto de novela tradicional, de novela de creación. Entre ellos José María Merino o Gustavo Martín Garzo, pero en general tal vez la novela tradicional y creativa española ha sido enterrada con el socarrón magnánimo y auténtico que fue Delibes, fallecido hace unos días. Nosotros no hemos hecho como los franceses, una línea Maginot en defensa de nuestros conceptos de literatura, y en defensa de nuestros clásicos: visitando las librerías de París en Saint Michelle, o los vendedores de libro viejo de la margen izquierda del Sena, se puede comprobar.

Lo que nos espera aquí es la ignorancia de nuestro pasado, el desconocimiento de nuestros clásicos, porque las colecciones en que se publicaban desaparecen. No hay alumnos de Humanidades, no se defiende desde la educación el conocimiento de nuestra cultura -con la francesa quizás la más rica del mundo- y por tanto desaparecen las colecciones de clásicos y el saber de los mismos, aunque todos los estudiantes, a cambio, sepan de la postmodernidad norteamericana -¿qué es eso, por cierto, más allá del marbete pronto caduco?-, de los guardianes de centeno, de las últimas novedades bibliográficas de otros países convenientemente difundidas en los suplementos literarios, cada vez menos atentos -por no rentable- a nuestra literatura y a nuestros creadores.

Por no hablar de la desaparición de los librereros y las librerías de fondo tradicional, que han sido sustituidas por grandes almacenes repletos de bobadas.

Todo esto representa en definitiva una invasión de culturas foráneas cuyos representantes no tienen el valor de ninguno de nuestros clásicos, ni siquiera de los de tercera fila. Desde luego que no estoy en contra del intercambio de culturas: el hombre y la mujer del siglo XXI no deben estar al margen de lo que, sanamente, sin connotación invasiva, venga de otros países, porque en la internacionalización de la cultura, sin que se aplaste la nuestra, se encuentra la llave de la fecundación de nuevas ideas en sano intercambio. Pero es cierto que muchos escritores a la postre tenemos la sana tentación de recluirnos en los clásicos del pasado, negándonos a un mundo que nos anula y que nos niega.

Posiblemente en el futuro la salvación venga porque los alumnos compren un e-book en el que, sin garantías de fijación textual, pero de modo barato y adecuado a la civilización informática, tengan una selección digitalizada de esos clásicos. Pero: ¿quién hará y cómo esta selección de autores y esa fijación de textos? ¿Quién creará el canon? El tema no es baladí.

En cualquier caso me parece destacable que aún queda en nuestra generación una reducida colección, cada vez más reducida pero siempre valiosa, de autores que se niegan a hacer una narrativa ajena a la creación auténtica.

Es el caso, como decía, de Gustavo Martín Garzo. Una novela tan deliciosa, imaginativa, intensa y mágica como es *El jardín dorado* apenas ha merecido la atención de la crítica (Martín Garzo, 2008).

El propio Martín Garzo señala al final de su libro las fuentes que ha utilizado para la redacción de este hermoso cuento fantástico, que es una verdadera alegoría de la vida.

Me parece muy destacable la importancia que los relatos bíblicos tienen en su narrativa. Y citaría aquí el hermoso prólogo que, basándose en uno de esos legendarios relatos bíblicos, hizo de mi último poemario, el que será por cierto mi despedida de la poesía (Diego Martínez Torrón, *Fantasma en la niebla*, Sevilla, Ed. Algaida, 2009, prólogo de Gustavo Martín Garzo, Algaida Poesía, 64).

A todas las referencias que él cita yo añadiría que a mí este libro me evoca a la injustamente olvidada novela del romántico Antonio Ros de Olano, del círculo de Espronceda, *El doctor Lañuela* (1863). Pero me evoca también *Le Rivage des Syrtes* (1951) del admirable

Julien Gracq. Incluso la obra de Cunqueiro, aunque la del gallego sea más próxima al cuento y a la ironía.

En todo caso el texto de Martín Garzo está lleno de intenso lirismo. Éste es un mágico relato fantástico que se lee de un tirón y nos hace disfrutar de una prosa tersa y hermosa, casi poética, y de unos personajes que vamos comprendiendo paulatinamente como su extraño, alucinante universo: el niño-toro, los autómatas del Artífice – Cunqueiro. Hoffmann..., tal vez también huella de *Juanelo o el hombre nuevo* de Jesús Ferrero (Madrid, Alfaguara, 2000)...-, el cantor Nómada, la hermosa Perla, Sombra, Cazadora, las Amazonas, Actor... Todos estos personajes nos trasladan a un mundo tan salvaje como poético.

Este hecho debe destacarse porque en este lírico relato lleno de admirables fantasías, también hay la perturbadora presencia de lo animal, de lo salvaje, de lo cruel.

Asistimos así al relato que nos cuenta una narradora –la mujer siempre son los ojos de Martín Garzo en sus novelas-. Es la historia de Bruno, quien luego comprendemos es un niño-toro en el que se une la fuerza seminal del varón y el animal. Aquí aparecen las evocaciones de los mitos griegos: el Minotauro, el laberinto de Creta... Todo lo que aprende Martín Garzo en el hermoso libro de mitología griega de Robert Graves, un libro que –añadiré por mi parte- está a medio camino de un tratado mitológico y antropológico, y en el que los diversos mitos se mueven, como el lector sabe, alrededor del tema de la Diosa Blanca, que creo quizás es también la propia muchacha que narra esta hermosa leyenda. Y el nombre del personaje central Bruno, tal vez pueda ser homenaje al relato que publicó Lewis Carroll en 1889 con el nombre de *Sylvie and Bruno* y del que hay traducción en Editorial Cátedra.

Sin embargo el texto de Martín Garzo nunca se convierte, pese a su estilo lírico, en un vano ejercicio esteticista porque, a través de la crueldad salvaje propia de los hombres, nos descubre el modo en que las criaturas, inocentes en su animalidad y su pulsión irracional, próximas al universo de los niños, son destruidas por ese mundo de los humanos.

La magia de esta historia es así la magia de la infancia, pero no de una infancia edulcorada e idealizada, sino próxima a la injusticia, a la brutalidad del sexo, a la barbarie de los humanos, aunque los personajes no sean precisamente humanos, sino símbolos de una hermosa alegoría. Fascinantes, impactantes como un imán, estos

actores de la obra se van autodescubriendo a través del texto al mismo tiempo que los describe el lector de la trama.

La muchacha que cuenta la historia se dirige así a un niño, que resulta ser a la postre el mismo niño que ella lleva como joven madre en su interior.

Todo el complejo conjunto de referencias fantásticas, se va descubriendo paulatinamente a lo largo de la lectura del relato, lleno de mágico lirismo, de misterio que es el misterio de la vida, de la vida y la mente de los animales y los niños, también de los seres míticos que no existen sino en la fantasía privilegiada de esos niños. Y el lector se va haciendo así, a lo largo del libro, precisamente como un niño: *un niño de luz y de noche*, como define la narradora al destinatario de su relato. Un niño encerrado por su padre rey, el niño que lleva la muchacha narradora dentro y que resulta ser un animal, un mono. Porque los animales míticos pueblan este texto como un homenaje a todas las leyendas, a todos los cuentos que se cuentan a los niños, pero que son cuentos para que los hombres y las mujeres los lean y se descubran en ellos.

Descripciones como la que da inicio al libro: “No ha podido existir un niño más hermoso. Era el sol cuando se esconde, era el potro que se encabrita en el prado, era el becerro negro. Sus ojos eran bravíos y reservados como los de las fieras y cuando corría a tus brazos las antorchas arrancaba de su mirada reflejos de oro...” (pág. 11).

Y más adelante: “No es verdad que el mundo de las muchachas sea un mundo de querellas y chillidos, de cámaras desordenadas y amenazas de tirarse desde lo alto de las murallas, un mundo de rencores y de celos. Todas viven esperando la llegada de alguien cuyas palabras y gestos tengan el poder de apresar el tiempo, sus misterios y sus noches...” (pág. 118).

Este texto sobre el amor justifica creo que los personajes de las obras de Martín Garzo sean generalmente mujeres (ver sobre Perla y el amor, pg. 117): “No comprendemos el amor los varones. El amor que sienten los padres por sus hijos, el que sienten entre sí hermanos y amigos. Es más oscuro que el nuestro, pues no sabe decir lo que quiere. Y el amor entre Pescador y Bruno fue así, torpe y oscuro como lo es siempre el amor entre los de su sexo. El amor es una invención nuestra, de las mujeres, por eso nos movemos en su mundo como pez en el agua. A nosotras nos hace sentirnos libres, a los hombres cautivos. Por eso tenemos que enseñarles sus leyes, como se hace con

esos niños a los que se sienta por primera vez a la mesa...” (págs. 31-32).

El libro de Bruno Bettelheim *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* (Barcelona, Crítica, 2001) –que Martín Garzo estoy seguro que conoce, pues proviene del mundo de la psicología– creo sería muy adecuado para explicar los aspectos psicológicos que subyacen a esta bella historia, ya que estudia la influencia de los cuentos de hadas en la psicología de los niños.

Hay hermosas referencias al universo (pág. 35), o al jardín como lugar de los secretos (págs. 44-45) y a la brujería (pág. 153).

Y luego, en la muerte de Bruno, casi al término del libro: “Niño, ¿no eres tú así? ¿No son todos los muertos muñecos que echan a andar en la oscuridad, que vienen a nosotros golpeándose contra las paredes, seres que han perdido su alma?... (pág. 229)”.

Y al final: “No, no es cierto que los muertos seáis crueles, que queráis devorar el corazón de los vivos. Sois pobres, no sabéis qué hacer, pues el amor que os tenemos os confunde. ¿Cómo podréis responder a él? Nadie puede responder al amor, porque nunca sabemos qué quiere de nosotros (...) Entonces mi corazón se llenaba de palabras. No eran palabras normales, sino palabras que no abandonaban ese corazón, palabras que entre los vivientes no se dicen. Palabras que no eran palabras. Las mismas que susurran los niños a sus juguetes, las madres a sus recién nacidos, los vivos a los muertos que siguen amando” (págs. 232-233).

En fin, que la crítica haya olvidado un texto tan hermoso, tan lírico, tan original y creativo, tan intenso, tan fascinante, tan perfecto, magnético como un sueño... es verdaderamente un síntoma de los tiempos que corren, tal y como me permití indicar al principio. Pero, como siempre ocurre, al final los tiempos cambian, los hombres pasamos, y las obras de arte son las que perduran.

DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN
Universidad de Córdoba